



## PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO V.

SABADO 1.º DE NOVIEMBRE DE 1873.

NÚM. 136.

### LA LUZ.

Cuando los ultramontanos del mundo entero; cuando los neo-católicos de todas las naciones tenían sus esperanzas puestas en lo que pudiera acontecer; cuando los jesuitas italianos esperaban que surgirían acontecimientos en Francia que impedirían que se llevase á cabo en Italia la ley sobre corporaciones religiosas y la expropiación de algunos conventos, el ídolo de los reaccionarios, el último consuelo de los absolutistas, el conde de Chambord ha declarado solemnemente á las naciones que no atentará el *statu quo* territorial de Europa y que no introducirá perturbaciones en la política europea. ¡Otra ilusión ménos para los ultramontanos!

Antes de esto el conde de Chambord había prometido que su Gobierno, si llegaba á ser Rey no sería el Gobierno de los curas. El clero católico en general había llegado á concebir las ilusiones más estupendas del mundo. Coronado el conde de Chambord Rey de Francia, creía aquel que una reacción benéfica y saludable se apoderaría del mundo. Ya veían numerosas huestes francesas, con escarapela blanca en el sombrero, desembarcar en Civitta-Vechia, derrotar al ejército del impío Victor Manuel y apoderarse de la Roma sagrada de los Pontífices; ya veían otra vez restituidos á sus conventos en esta ciudad á los antiguos poseedores de ellos; ya veían á los jesuitas, expulsados de todas las naciones del mundo, venir á hacer de Roma su nido natural y predilecto; ya consideraban el antiguo patrimonio de San Pedro devuelto al Papa, el protestantismo arrojado de Italia, el monaquismo vuelto á resucitar, las procesiones restablecidas, todo, en fin, vuelto al estado que tenía hace veinte años lo ménos.

Pues bien, sentimos ser profetas de desgracias para los neo-católicos; pero nada han conseguido ni nada conseguirán de lo que anhelan. El defecto capital del neo-catolicismo ha sido siempre el de desconocer el carácter del momento histórico en que vivían. Jamás ha querido reconocer que los tiempos adelantan, que la conciencia humana está ya más iluminada y que la razón humana no es ya aquella abyecta que se prosternaba ante los Reyes como seres nacidos en las estrellas y á los Papas como dioses que conocían hora por hora los

arcanos y los misterios del Dios Omnipotente del cielo. El problema hasta hoy para el protestantismo y para todos los hombres que pensaban en general había sido destruir el poder temporal de los Papas. Era casi una blasfemia ver aquel que se decía representante de Dios en la tierra y representante de Aquel cuyo reino no era de este mundo; era casi una blasfemia verle Rey de un reino temporal, rodeado de soldados, cuajado de diamantes y llevando en andas como un ídolo chino; aquello concluyó para dicha del mundo. Resuelta la primera parte del problema, queda por realizar la segunda. ¿Cuál es esta? Arrancar al Papa del poder espiritual. ¿Cómo se ha de lograr la realización de esta segunda parte del problema, más difícil en verdad que la primera? Esto no se consigue con las armas, ni con la ayuda de los príncipes ni con el concurso de los gobiernos. Se consigue con el trabajo individual, con el esfuerzo de cada uno, con la iniciativa cristiana de todos. Si antes había en el mundo un pueblo abyecto y envilecido que no podía pensar ni creer lo que su conciencia le dictara, que no podía dormir siquiera sin tener á la puerta de su casa un esbirro que velara su sueño, por si su sueño era sedicioso, pueblo que se llamaba los Estados pontificios, hoy hay otros mil pueblos esparcidos por Europa que profesan una doctrina estancada, unos principios falsos, unas ideas erróneas. Estos pueblos se llaman los pueblos católicos. Si para conseguir el triunfo primero ha bastado el curso de los humanos acontecimientos, para lo segundo es preciso el concurso de las buenas voluntades que se interesan por el adelantamiento del reino de Dios. Aniquilar el despotismo que pesa sobre una nación es grande obra, pero es mucha mayor la de salvar almas para Cristo. El baluarte donde se encerraba aquella especie de *fetiche* que dictaba órdenes y que prescribía doctrinas á millares de millares de seres, ha sido destruido; ahora falta destruir esas doctrinas. Y el mejor modo de hacer esto es ir buscando las conciencias una por una, despertándolas y haciéndolas comprender el marasmo en que viven y el sueño en que duermen. Hora es de predicar todos á Cristo en todas partes. El triunfo en definitiva ha de ser de la Iglesia de Dios. Trabajemos en este sentido y el Espíritu de Dios no nos abandonará un sólo instante.

### LOS EVANGELIOS APÓCRIFOS.

II.

Como ha podido comprenderse por lo que precede, los autores de las narraciones apócrifas no dejan adivinar en parte alguna intenciones de rehacer el Evangelio y mostrar de otro modo que los cuatro escritores sagrados como Jesús han salvado al mundo y han realizado el plan divino. «Sería demasiado largo, dice en algun lugar el Evangelio de la Natividad de María, falsamente atribuido á San Gerónimo, y sería fastidioso referir aquí todo lo que se encuentra en el Evangelio. Esta es la razón por la que deducimos, que este no es muy detallado. Tal es el continuo procedimiento que usan nuestros apócrifos. No dicen nada del ministerio activo y público del Salvador, referido con tanta insistencia y detalles en los cuatro Evangelios. Hablan poco de su muerte y de su resurrección, pero parecen en cambio haberse impuesto la tarea de llenar bien ó mal, las lagunas que existen en los libros sagrados y de que hablábamos en nuestro capítulo anterior. Es esta una cuestión curiosa, á la cual esta literatura pseudo-evangélica parece haber querido contestar.

La primera juventud de Jesús no tiene misterio para los autores de este relato apócrifo. Los Evangelios llamados *de la Infancia*, el *Evangelio árabe* en particular, el más notable de todos, refieren una multitud de aventuras que sucedieron á la Santa Familia en su huida á Egipto. Los lienzos en que María había envuelto al Divino Niño y las aguas que habían servido para lavarle, obraban los más extraños milagros. Un pobre jóven había sido trocado por los prodigios de una encantadora, nada ménos que en mulo. Su madre y sus hermanas vivían con él. Encontraron á la Santa Familia que volvían de Egipto con una jóven que se había curado la lepra lavándose con aquellas aguas milagrosas. Naturalmente entablóse una conversacion, y la Santa Familia fué acogida en el aposento de las tres mujeres. Adivínase que iba á tener lugar un milagro. A instancias de la jóven curada de la lepra, el Niño Divino es colocado por su Madre sobre la espalda del jóven convertido en mulo, é inmediatamente vuelve á recobrar su ser natural. En seguida se casa con su jóven libertadora y tiene lugar una fiesta que retiene allí á la Santa Familia nada ménos que por espacio de diez días. Rasgos como este pudiéramos citar muchos.

Los apócrifos nos muestran después al Niño Jesús en sus diversiones y en sus trabajos, á veces jugando con sus camaradas en la calle, ó sobre las terrazas de las casas, costumbre muy comun en el Oriente, sentado en los bancos de la escuela, ó trabajando á veces en el taller de su padre. El jóven



héroo de la leyenda á veces no tiene esa alta perfección moral que la fé se complace en reconocer en el Niño Jesús. Aunque dulce y amable en ocasiones, según estos libros es iracundo, violento y vengativo. Como todos los demás seres, hay días en que tiene buen humor y hay días en que le tiene malo. Lo que le distingue siempre es que á todas horas tiene en su mano el poder de la omnipotencia. Hace á manos llenas los milagros más estupendos y más extraordinarios. Lo más raro del caso es que los hace para su propia diversion y para la de sus compañeros de entretenimiento y de juego.

Según una leyenda frecuentemente reproducida en los apócrifos, al Niño Jesús agradábale extraordinariamente hacer figuras de barro que representaban pájaros ó cuadrúpedos que á su vez tomaban vida en el instante y venían á comer á su mano á vista de sus jóvenes camaradas maravillados de tan extraordinario prodigio. Otro día el Divino Niño pasando por delante de la tienda de un tintorero, arrojó maliciosamente en una cubeta muchas piezas de telas preparadas por el tintorero para teñirlas, y destinadas cada una á recibir un color diferente. Desesperado por esta bellaquería del Niño, el pobre hombre empezó á gritar á la puerta de su casa lamentándose de haber perdido sus telas. Pero el Señor le dijo bien pronto que no se afligiera, que aquella acción no tendría ninguna mala consecuencia para él. Y en efecto, empezó á sacar de la cubeta una por una las diversas telas y el tintorero pudo ver que cada una de las piezas tenía un color diferente.

El Jesús de los apócrifos tiene en muchas ocasiones un carácter violento. Según el *Evangelio de Tomás*, el Salvador, de edad de cinco años, sentado á la orilla de un arroyo, recojía el agua jugando en pequeñas balsas. Por una inocente chanza, el hijo de un escriba abrió boca á estas fosas é hizo salir el agua. Jesús, dejándose arrastrar por la ira contra el joven imprudente, le condenó con una terrible palabra á que su cuerpo quedara seco en aquel mismo sitio, y en efecto así sucedió. En otra circunstancia, usando de la misma severidad, el joven taumaturgo castigó con la muerte á uno de sus camaradas que le había tropezado al pasar.

Pero llega el momento en que el Niño Jesús debe frecuentar la escuela. Su padre José le había enviado en casa de un maestro llamado Zaqueo para aprender los primeros rudimentos de lectura. Cuando él hubo repetido una vez, según Zaqueo la letra primera del alfabeto, no quiso pronunciar la segunda, antes que su maestro le hubiese descubierto los misterios de la primera letra. Es sabido que una especie de filosofía de origen judío, cuyas huellas se notan en esta leyenda, daba un sentido misterioso y profundo á cada una de las letras del alfabeto y se entregaba á una multitud de especulaciones sobre la naturaleza de las cosas, tomando por punto de partida de sus teorías las letras de los nombres de los mismos objetos. El pobre Zaqueo, cuya inteligencia no estaba á la altura necesaria para responder á esta sutileza rabínica, no pudo satisfacer la curiosidad del terrible discípulo. Tomando entonces este la palabra, explicó á su maestro la significación de las letras Aleph y Beth y otras muchas cosas que aquel jamás había oído y que jamás había leído en ningún libro.

La conversación de Jesús en el templo con los doctores reaparece en el *Evangelio árabe*, pero con detalles fabulosos que no aparecen en los libros sagrados. Según la tradición conservada por este apócrifo, el Niño Jesús, de edad de doce años, explicó á los doctores «la Escritura, la ley, los preceptos, los misterios de las profecías, el número de las esferas celestes, su naturaleza y sus oposiciones, su aspecto trino, cuadrado y sestil, su progresión y su aspecto retrógado, la física, la metafísica, la hiperfísica, la hipofísica y otras mil cosas que la humana inteligencia no puede abarcar. (Brunet, *Evangelios apócrifos*.)

Más tarde, hombre ya Jesús, ayuda á su padre en su trabajo. Los apócrifos nos cuentan cómo el

jóven obrero enmendaba milagrosamente los olvidos y las faltas de su padre. Las maderas demasiado largas ó demasiado cortas se alargaban ó se acortaban bajo la mano del poderoso encantador de la leyenda cristiana. El rey de Jerusalem había ordenado al carpintero de Nazareth que le construyese un trono. Esta gran obra detuvo á José dos años en palacio. Al fin de este tiempo, concluido el trabajo, se observó que faltaba nada menos que un codo para que tuviese el sόlio la altura que el rey quería. Herodes se irritó, y la torpeza cometida hizo perder el sueño al pobre artesano. Pero Jesús vino en su ayuda, y tirando cada uno de ellos de una de las extremidades del trono, este se estiró hasta tener la altura que Herodes exigía. Los Evangelios auténticos pasan en silencio casi la historia de la amada del Salvador, y cuando figuran en las páginas santas no excede de la altura que cualquier otra criatura humana. Un pasaje que parece como una excepci3n de este principio, no exalta de hecho más que la grandeza natural y la gloria de aquel á quien ha dado la vida, y de esta suerte entra enteramente en el plan y en el espíritu de los libros santos.

En los apócrifos, María ocupa un lugar muy diferente; María es en ellos el objeto del culto de los fieles lo mismo que su anciano esposo. En estos libros es glorificada poco menos que su divino Hijo. Los Evangelios de la infancia y de María parecen preocuparse más de su gloria que de la de Cristo. Los últimos momentos de María tienen por objeto manifiesto recomendar su intercesión. En un pasaje significativo de este pequeño escrito la Virgen ruega al Salvador que vele de una manera especial sobre los fieles reunidos bajo la invocación de su nombre, y el Salvador la responde que será hecho conforme ella lo desea. El autor concluye su relato con estas palabras que resumen todo el pensamiento del libro: «Esperamos en la intercesión de María cerca de su Hijo bien amado.» Contando el nacimiento de la Virgen sobre el cual guardan silencio los libros inspirados, del relato de la *Natividad de la Virgen*, quieren demostrar que los principios de su vida estaban á la altura de sus maravillas futuras.

La historia del carpintero José tiende sobre todo á acreditar y á popularizar el culto de este santo colocándole bajo la pretendida garantía del maestro mismo. El autor del libro hace decir á los apóstoles hablando del Señor: «Tú nos has ordenado ir por el mundo entero y predicar tu santo Evangelio, y nos has dicho: Anunciad la muerte de mi padre José, y celebrad con una santa solemnidad el día consagrado á su fiesta.»

Según las tradiciones apócrifas, el padre y la madre de María se llamaban Joaquín y Ana. Joaquín era un rico propietario de rebaños. Su esposa era estéril. El embarazo de Ana fué milagroso. Un ángel vino á anunciarla que «daría á luz una niña que llegaría á ser célebre en el mundo entero.» Desde su más tierna edad, María, consagrada por sus padres al culto del Señor, fué á habitar al templo de Jerusalem. Al entrar en él subió los escalones sin que nadie la sostuviera, como si ella hubiese tenido «una edad perfecta.» lo que era, según el apócrifo, un signo milagroso de su vocación. En el lugar santo gozó de la visión divina; «ella se levantó en alto como una paloma y fué alimentada por la mano de los ángeles, que cada día la hacían una visita.» A los doce años fué confiada á los cuidados del piadoso José, al que una paloma que descendía del cielo designó milagrosamente como su esposo.

Desde la pasión del Señor, dice el apócrifo conocido bajo el título de *Últimos momentos de María*, la Virgen iba cada día por mañana y por tarde cerca del Santo Sepulcro para cumplir junto á él sus devociones. Más tarde debió retirarse á Bethlehem. Al fin de su carrera fué señalada con prodigios inauditos. Milagrosamente advertidos de su estado los apóstoles, con San Juan al frente, llegan de todas las partes del mundo traídos sobre nubes para asistir á su última hora. Su madre Ana, muer-

ta sin duda hacia mucho tiempo; Eva, madre de los mortales; Adán y los patriarcas, después Moisés, Elías y la multitud de los profetas montados en carros de fuego; y en fin, Cristo mismo rodeado de los ángeles y de los serafines, vienen igualmente al través de los aires á saludar á la reina del cielo y á rendirle sus homenajes.

Los judíos saben todos estos prodigios y marchan contra Bethlehem. Al saber esta noticia los apóstoles trasportan siempre por el mismo procedimiento á la Virgen á la villa santa donde debía espirar. Dos mil ochocientas curaciones tienen lugar durante sus últimos momentos. Llegado el instante supremo, el cuerpo de María es trasportado por los ángeles en triunfo al paraíso. Cada uno de los asistentes es después llevado milagrosamente por los aires y repuesto en el lugar donde se encontraba antes.

Según la *Historia del carpintero José*, Jesús asistía en persona al piadoso viejo en su última hora. Ya la muerte y todos sus terribles satélites, ardiendo en el fuego que los consume en gehenna aproximándose al moribundo, pretendía apoderarse de su alma. El Salvador lo rechaza con una sola palabra. A su ruego, los dos arcángeles, Miguel y Gabriel, descendidos instantáneamente del cielo, reciben el alma del santo viejo y le introducen en la gloria celeste.

En fin, Nicodemo, José de Arimatea, Pilatos, su mujer, la que padecía del flujo de sangre, el Buen Ladrón y gran número de personajes secundarios sobre los cuales los evangelistas canónicos no han juzgado oportuno darnos noticias de ellos, reciben de mano de nuestros autores apócrifos un corto complemento de su historia. Pilatos, por ejemplo, había dirigido al emperador Tiberio una relación sobre la muerte de Cristo, á continuación de la cual, el procurador romano, acusado en justicia con respecto al Señor, fué cargado de cadenas y llevado á Roma. José de Arimatea, acusado delante de Pilatos de haber seguido á Jesús, da testimonio de su Maestro con tal energía, que es conducido á una prisión. Pero cuando vienen á llamarle para hacerle comparecer, el calabozo se encuentra vacío; un ángel había libertado al piadoso senador, que había sido trasportado milagrosamente por los aires Arimatea.

## MEDITACION.

Varios deberes tiene el cristiano, pero entre todos ellos hay uno muy esencial, que aquel no debe olvidar nunca; el de consagrar á Dios un día de la semana.

Lector cristiano, ¿haces esto?

¿Consagras á Dios un día de la semana? Y si se le consagras, ¿lo haces como Él lo exige?

Nada sirven las prácticas externas; nada los aparatos de devoción.

Puedes asistir ese día á un culto cristiano y no estar con Dios.

Puedes escuchar un sermón evangélico y no estar tus pensamientos con Cristo.

Puedes estar encerrado todo el día en tu casa, y tener tu corazón fuera de ella.

Lo menos que se le puede conceder á Dios después de seis días de trabajo, es uno.

Los pueblos acomodándose á la ley del Señor, han convertido en fiesta el día del Señor.

Pero lo que han hecho Dios y los legisladores, lo deshacen los hombres.

Un domingo, un día consagrado al Señor, suele ser un día de crápula, de embriaguez y de miseria.

Y de consiguiente, de pecado y de perdición.

Para los que de este modo usan el día del Señor, valiera más que no existiera.

Y es que no tienen á Jesucristo en el corazón.

Si le tuvieran, ¿cómo era posible que un día consagrado á la santidad, le perdiesen en la corrupción?



El que no respete el día del Señor, es porque no ama al Señor.

El hijo que ama al padre, observa sus preceptos, sus mandatos, sus menores órdenes.

Y es que le ama y no quiere desagradarle.

Cristiano, observa la ley del Señor.

¿Qué cosa más dulce puede haber para aquel que ama á Cristo que entregarse á Él durante todo un día entero, pensamientos, palabras y acciones?

Los demás días de la semana cada uno está dedicado á su trabajo, á su oficio, á su ocupacion y tiene que entregarse á los cuidados del mundo, porque al fin y al cabo por la carne, al mundo pertenecemos.

Pero ¡y los días de fiesta!

La casa está en silencio; no hay los ruidos de los días de trabajo, no hay sus prisas y sus inquietudes.

En el corazón debe reinar el silencio lo mismo que en la casa.

Debemos ocuparnos sobre todo en leer la Palabra de Dios y en orar.

La oración fortifica; la Palabra de Dios instruye.

Debemos meditar esta profundamente; el pasaje más oscuro nos parecerá claro si pedimos el auxilio del Santo Espíritu para que nos ilumine.

¡Y cuántas dulzuras se encuentran en estas lecturas y en estas oraciones.

El convencimiento de que Jesucristo nos ha salvado se arraiga más en nuestros corazones; una alegría inefable llena nuestro ser.

El Hijo de Dios está con nosotros; nuestra vida es su vida y su vida es la nuestra.

Estamos salvos y lo sabemos; este es nuestro mayor gozo.

Los pecados que hemos cometido durante la semana, se los llevamos á Cristo y le decimos: «Perdónanoslos Tú por la sangre que derramaste por nosotros.

Cristiano, cumple el mandato de Dios; respeta el domingo.

¿No hay bastante con los seis días de la semana para hacer todos nuestros trabajos?

¿No hay en ellos tiempo bastante también para que gocemos de todas las alegrías legítimas de que puede gozar un cristiano?

Respetemos el domingo y así daremos pruebas de respetar á Dios.

## IDEAS SOBRE EL PLAN DE JESÚS

### AL FUNDAR EL CRISTIANISMO.

La Iglesia cristiana ha nacido de un movimiento que no ha partido precisamente de Jesucristo, sino de Juan Bautista. Juan ha tenido la gloria de hallar un sucesor más grande que él y de ponerle en su lugar. Agitado por su bautismo, por la resignación que el Bautista había hecho de él como de un futuro profeta y por las señales que le habían acompañado, Jesucristo se retiró al desierto y maduró el pensamiento que había de ejecutar más tarde: por la vez primera demostró su poder milagroso, y lo que se llama la tentación es el movimiento de su espíritu que le presentaba las ventajas que hubiera habido en emplear la fuerza para el establecimiento del reino mesiánico.

Una vez formado el plan de Cristo se aplica á realizar el mensaje que había traído á Él el Bautista, el reino de Dios está próximo. Cristo concibe la teocracia que iba á renovar, como ella había sido en tiempo de David, con un monarca visible representante de Jehová. Los contemporáneos de Cristo esperaban un rey guerrero, y Él confunde sus esperanzas anunciándoles que Él era el rey esperado, pero que era un rey cuyo reino no era de este mundo. Anuncia atrevidamente que la ley del Sinaí iba á concluir, y que Él iba á formar otra alianza distinta de la que Dios había pactado con Abraham. Pero no es sobre la tierra donde Él ejercerá las funciones de juez supremo, sino en otra

economía, y allí las ejercerá sobre todos los hombres. Lo que cautiva en el plan de Cristo sobre todo, es su singular originalidad. ¿Qué hombre hubiera dicho: «Yo levantaré un estado con la sola fuerza de mi voluntad y haré para este estado leyes que subsistirán siempre?» Lo que atrac después es la tranquila confianza con que este plan es llevado á cabo, y luego su éxito. Entre el asombroso pensamiento y el asombroso éxito, interviene un asombroso medio, el de los milagros. Cristo ha realizado milagros. Sus discípulos han creído en ellos, y principalmente han causado esta creencia; le han concedido la autoridad y la dignidad que reclamaba. Toda teoría que presenta los milagros como debidos á la imaginación de los discípulos ó inventados en edad posterior, destruye la credibilidad de los documentos y hace de Cristo un personaje místico. El carácter que los Evangelios conceden á Cristo al tratarse este asunto, es histórico y real. Para examinar el plan que Cristo ha formado y la manera de ejecutarle, importa poco los milagros y su naturaleza. Cristo vé que la primera impresión producida por el milagro era de terror, y se impuso restricciones en su empleo. Todo el mundo pudo saber que este rey tenía una paciencia sin límites. Esta calma, en medio de la grandeza, constituye por sí sola la imagen más grandiosa que se ha presentado jamás á la imaginación del hombre. Lo que le hizo ganar tantos corazones y atraerse el entusiasmo de Pablo, por ejemplo, fue la reunión de esta grandeza y del sacrificio de sí mismo. La cruz de Cristo en que Él se glorificaba era la sumisión voluntaria á la muerte de aquel que tenía el poder de escapar de ella. Testigos de sus sufrimientos y convencidos por los milagros que le ven ejecutar, que eran soportados voluntariamente, los corazones de todos los hombres se conmueven, una emoción de gratitud como de simpatía y de asombro les agita, y cuando recordando sus actos y sus palabras encontraban que esta renuncia de sí mismo que había guiado su vida, Él se la había prescrito como el principio que debía guiarla, el reconocimiento se transformaba en obediencia, y la ley y el mismo legislador penetraban en su corazón y á los dos prestaban una veneración eterna. Si Cristo no hubiese hecho milagros, la Iglesia hubiese sido fundada con más dificultad.

La nueva teocracia que el fundador de la religión cristiana venía á instituir, bajo una forma adaptada á los nuevos tiempos, venía á ser lo contrario de la antigua y debía tener tres caracteres esenciales; la vocación correspondiente á la de Abraham la legislación correlativa de la de Moisés y el divino reino de Cristo representando la de Jehová.

La vocación que ofrecía Jesucristo tenía estos dos caracteres distintivos; primero, que cualquiera que fuese la nación á la que perteneciesen los que la aceptaban, ella no le separaría nunca de la sociedad civil; y segunda, que ella era dirigida á todos los hombres. Pero Juan Bautista había anunciado que su sucesor separaría los buenos de los malos, y nosotros no vemos que Jesucristo hiciera esto. Sin embargo, aquellos que formaban parte del grupo que Él había reunido, pertenecían á la parte más sana de la nación. El llamamiento y las consecuencias de la respuesta á él, era lo que detenía á muchos: Él pedía á los que se colocaban en torno suyo cierto ardor de regeneración íntima que los hombres encuentran á la larga más penosa que los más severos sacrificios exteriores. La cualidad que haría salir á los individuos victoriosos de esta prueba, era su valor moral, su bondad. Los cristianos designan esta cualidad con la palabra *fé*. Aquel que, puesta la bondad y la verdad en frente de él muestra un deseo ardiente de apoderarse de ellas y á ellas se confía, muestra que efectivamente está en actitud de tener *fé*.

¿Qué es lo que el cristiano debe hacer? La respuesta varía, dice un escritor, según la tolerancia de aquellos cristianos que se la hacen. En general, ella consiste en especificar ciertas doctrinas con-

cernientes á Dios y á Cristo que un cristiano debe necesariamente creer; para los unos, la muerte redentora de Cristo; para otros, su divinidad; para un tercero, su resurrección. Sea lo que sea de su necesidad, podemos afirmar que no eran exigidas de las primeras gentes que rodeaban al Maestro. Sus leyes no debían ser promulgadas unas tras otras. Pero después que ellas, lo hubiesen sido sus preceptos morales tanto como sus declaraciones sobre la naturaleza del hombre; y las relaciones del hombre con Él debían ser recibidas y observadas por la Iglesia.

## LA PAZ DE DIOS OFRECIDA Á TODOS.

«Escucharé lo que el Dios fuerte, el Eterno dirá, porque hablará de paz á su pueblo, á sus bien amados, para que ellos no vuelvan otra vez á caer en su locura.» (Salmo LXXXV, 9.) Estas palabras pronunciadas para el antiguo pueblo de Israel, parece que Dios las pronuncia á cada momento para nosotros. Este es uno de aquellos pasajes que se encuentran tan frecuentemente en los libros sagrados, y que por una virtud divina habiendo servido para pintar en otro tiempo la situación del pueblo hebreo, pueden aplicarse hoy á nuestro conviniendo de tal modo con esta ó con la otra circunstancia de nuestra vida, que parece escrito expresamente para nosotros. Cuando le encontramos en la Escritura debemos decirnos: «este pasaje ha sido expresamente escrito para mí.

El Eterno hablará de paz á su pueblo. Qué melodiosas son estas palabras para nuestros oídos, cómo refrescan el corazón, qué benéficas son para nuestra imaginación y nuestra alma. Ellas nos prometen la paz, esa paz que durante toda nuestra vida hemos ansiado, esa paz por la que hemos hecho votos tan fervientes y por la que hemos lanzado tan ardientes suspiros. ¡La paz! Esa palabra sólo despierta una multitud de sentimientos deliciosos. ¡Cuántos años hemos pasado sin gozar de ella! ¡Cuántas penas hemos sufrido, cuántos sentimientos nos hubiéramos ahorrado si hubiéramos permanecido fieles y unidos á Dios! ¡Hé aquí el más grande de nuestros crímenes! Le hemos abandonado y Él nos ha abandonado á nosotros. Principios y sentimientos religiosos, lo hemos dejado todo á un lado; las almas heridas por el demonio del interés y de las pasiones, no han tenido otros móviles que estas mismas.

No lograremos la paz en la vida si no tenemos la paz en la conciencia. No tendremos esa paz que Dios se digna ofrecernos en consideración al gran sacrificio ofrecido por nosotros sobre la cruz; esa paz sin la cual no hay seguridad, esperanza, ni existencia posible para sus criaturas; esa paz que partiendo de una región más elevada está al abrigo de las tempestades que asolan tan frecuentemente la tierra; esa paz que no depende ni de los caprichos del hombre, ni de sus cálculos interesados, ni de sus pasiones fogosas, ni de sus prevenciones insensatas; esa paz cuya necesidad imperiosa sienta el hombre; esa paz que *sobrepasa toda inteligencia*, si no acudimos á pedirselo á Jesucristo, que nos invita con palabras de amor desde el cielo á que así lo hagamos. Lo que hay de más magnífico en los favores temporales que Dios nos concede, es que ellos nos anuncian que su cólera para nosotros ha concluido, y que ellos son un signo de reconciliación con nosotros.

Tenemos esta esperanza, mejor dicho, tenemos esta seguridad; las promesas que Dios hace se cumplen siempre, porque Él es fiel y no falta jamás á su palabra. Parece que quiere ostentar á nuestros ojos las maravillas de la gracia después de habernos hecho admirar las de su providencia, como para hacer un último llamamiento á nuestras almas y para hacer más vivas y más profundas nuestras emociones de gratitud y de amor. Así se realiza lo que dice el Rey profeta: «El Eterno, el Dios fuerte, hablará de paz á su



pueblo.» Así, ora miremos al cielo, ora á la tierra, ora tendamos nuestra vista hácia los objetos que nos rodean, ora la dirijamos al fondo de nuestra conciencia, vemos que todo nos habla de paz, que todo nos anuncia la paz, que todo nos hace sentir el precio de esa paz que Dios nos ofrece; pero sucede con ese bien lo que con todos los bienes de la naturaleza y de la gracia, ¿qué es preciso hacer para utilizarnos de ellos? ¿Qué es lo que Dios espera de nosotros? Que entremos en sus vías, que sigamos sus caminos. ¿Y cómo? Apartándonos del mal y del pecado, porque el pecado es la peor de las locuras. Es una locura que ha producido millares de ilusiones, millares de extravíos, porque él nos engaña, abusa de nosotros y nos atormenta de mil maneras; es una locura porque nos aleja de la virtud para la que hemos sido hechos, ó por mejor decir, de Dios, la única fuente de la virtud, de la vida y de la dicha. El pecador vive en los errores más groseros, más vergonzosos, juguete de su propio corazón engañado por sus propias pasiones, camina hácia la miseria más terrible por el mismo camino por donde él creía ir á la dicha. El medio, pues, de obtener la paz, no es la vía del pecado. El que tiene la conciencia limpia; el que aborrece el pecado, y por fin, el que tiene á Jesucristo en el corazón, ese es el que tiene la paz.

## LA MUJER, LOS ESCAPULARIOS Y EL CLERO.

En todos tiempos ha sido la mujer un instrumento inconsciente de los hombres, que, bajo el manto de la religión, han explotado á la humanidad sin reparar en los medios por bajos y repugnantes que estos hayan sido.

Es triste considerar el atraso en que se encuentra la mujer en nuestro país. Este ser que ha nacido para ser el consuelo de los demás seres que la rodean; que con su inagotable amor se afana para buscar la felicidad de su esposo y de sus hijos; este ser, la mujer, es impulsada por una mano extraña á buscar su misma perdición y la de su familia.

Segun noticias indignas que tengo de algunos puntos del Maestrazgo, y por lo que se ve en lo que pasa en otros puntos donde los soldados del absolutismo posan su asquerosa planta, los cabezillas son abrazados por las mujeres como si fueran enviados de Dios para salvarlas de las garras de Satanás.

Solamente la falta de instruccion en que se halla la mujer, la puede arrojar en brazos de unos hombres que, dominados por el más craso fanatismo político-religioso, están profanando el nombre de Dios y llevan por dó pasan la devastacion y la muerte.

A tal extremo llega la candidez de la mujer inculta, que en la guerra actual muchas madres, esposas, hermanas, etc., etc., han estimulado á sus seres más queridos á que tomaran parte á favor de un pretendiente iluso, creídas que, con el escapulario bendecido por el cura párroco de su parroquia, y puesto sobre el corazón de sus hijos y el de sus esposos, estos no podrian ser muertos por las balas del enemigo. Pero en las últimas derrotas que han sufrido los carlistas, las interesadas por el triunfo de estos han comprendido el engaño que el clero les preparó por medio de sus escapularios, y al ver que el amuleto no ha preservado de la muerte al que lo llevaba, han prorumpido en exclamaciones los falsos ministros de un Dios, únicos causantes de las irreparables pérdidas que aquellas deploran.

Lástima grande que en nuestro país la mujer no reciba otra educacion que la que hoy recibe, empapada de fanatismo y supersticion. Si se la educase segun los adelantos de nuestra época, si se la enseñara á amar á Dios en espíritu y en verdad, y se la hiciera comprender que para salvar su alma no necesita de la mediacion del cura, ni de sus santos, ni de sus vírgenes, (siendo así que sólo

hay un mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, 1.<sup>o</sup> Timoteo, II, 5,) no se veria explotada por un clero ateo en su mayor parte.

La mujer tiene altos fines que cumplir, y sin instruccion jamás podrá realizarlos.

Siendo instruida, dedicará todos sus esfuerzos y cuidados para alcanzar el bienestar de sus hijos con conocimiento de causa, labrará la felicidad de su esposo con entera libertad y se emancipará de la tutela que sobre ella ejerce la sociedad, y dejará á la par de ser un mueble de lujo.

Mujer, arroja de tí el escapulario, que no es otra cosa que un trapo de inmundicia; deja á los sacerdotes y á sus ídolos, dirijete á Jesús, único Salvador, en el cual encontrarás la salud del alma, la libertad que necesitas y la sabiduría para gobernarte y guardarte de las asechanzas que á cada momento te preparan los modernos fariseos...

JOSÉ A. FORNER.

Barceloneta 17 de Octubre de 1873.

## LA RUSIA Y EL EVANGELIO.

El colporteur que no podia rebajar nada del precio se aleja suspirando porque aquellos dos jóvenes habían atraído todas sus simpatías. Pero bien pronto oyó tras sí el ruido de las gruesas botas de aquellos y una voz que gritaba: «Espera, espera un poco tomaremos tu libro.» Concluida la venta, «buscamos bien pronto un lugar recogido, dice uno de los dos jóvenes; yo tenía gana de escuchar.» ¡Oh! que Dios bendiga al que escucha y al que lee; añade el bravo colporteur despues de este relato.

Los soldados se muestran particularmente muy dispuestos á escuchar la Palabra de Dios, razon por la que el colporteur siente hácia ellos gran afición y no se olvida nunca de visitar sus casernas. Hé aquí una de estas visitas; «yo entré un día, escribe, en una posada, para vender mis libros y vi puestos en una mesa algunos soldados en derredor de un samougart (máquina para hacer té). Uno de ellos gritó al verme: «El año pasado os compré yo un libro.» Cuando me hubo dicho el sitio en donde me lo compró, recordé efectivamente haber vendido un libro á un soldado que me le compró diciendo: «Concedame Dios fuerzas para leerle.» Conmovido profundamente, yo le habia respondido que debia pedir á Dios su Santo Espíritu. «Yo lo haré, contestó él, y si este libro me hace bien, yo me acordaré de tí.» Un año habia pasado desde entonces y tuve la alegría de volver á encontrarme á este mismo soldado, y de oírle contar con las lágrimas en los ojos á sus camaradas, lo que habia leído del Salvador, añadiendo: «sí, es una hermosa lectura la de este libro.»

«Un día, continúa el mismo colporteur, tuve que volverme á las casernas á causa de la nieve que caía en abundancia. Atravesaba penosamente la gran distancia que me separaba de ellas; un viento helado me azotaba el rostro é iba pensando en mí mismo. ¡Qué penoso es á veces ser colporteur! En este momento una voz fuerte y alegre resonó á mi espalda. Buenos días, mi bravo viejo; ¿vienes á vernos? Haces bien, necesito de tus libros, son muy buenos.» Me volví y ví tres soldados que me saludaban amistosamente. Proseguí mi camino entonces con un aumento de energía y diciéndome: «qué dulce es en ocasiones el ser colporteur.»

En las casernas el colporteur oye á veces á los soldados que han ya leído u oído algun pasaje del Nuevo Testamento, recomendarles á sus camaradas con expresiones tales como estas: «A esta lectura, hermano, las lágrimas se saltan á uno de los ojos y en esto está dicho todo.» O bien: «esto parte el corazón.» Uno de entre ellos á quien sus camaradas decian que no podría guardar el Nuevo Testamento en su morral, les contestó: ¿no? Antes que él dejaría mi camisa.

En otra ocasion el colporteur entró en una oficina militar. Se le rogó que esperase á un ayudante de campo que debia llegar en seguida. Efectiva-

mente, un joven oficial no tardó en llegar y preguntar políticamente al colporteur lo que queria. «Yo le hablé, cuenta este, del fin de mi viaje y de mi obra de colportaje; pero por más contento que yo estaba del pequeño discurso que le habia dirigido, el ayudante, no habiendo comprendido nada, me repitió con benevolencia cuando yo concluí su pregunta:

—Pero en fin, ¿qué es lo que quereis?

Yo le dije entonces sencillamente que traia Nuevos Testamentos que vender. Entonces, dirigiéndose á la puerta de una sala en la que habia sentados al frente de sus mesas numerosos escribientes, gritó:

—¿Señores, quiere alguno de vosotros algun Nuevo Testamento?

—No tenemos dinero.

—Eso no importa, dijo el oficial, yo os lo adelantaré; y poniéndose delante de una mesa, tomó una hoja de papel y una gran pila de Testamentos; despues se puso á escribir el nombre de cada uno y á distribuir los libros. Los escribientes se arremolinaban alrededor de la mesa y algunos oficiales entrados al mismo tiempo se pusieron á su lado, despues de todo lo cual, el joven ayudante de campo escogió para sí un hermoso volumen, y me dió la suma de diez rublos. Las escuelas son tambien de fácil acceso. Los maestros compran libros voluntariamente y los niños llegan en tropel pidiendo Tratados. Desgraciadamente para el colporteur, aquellos acechan hasta el punto de marearle; no tiene más que un pequeño número de cuentos y narraciones que ofrecerles. Salvo algunos extractos de sermones y algunas meditaciones en lenguaje místico que no pueden interesarle, no se poseen en lengua rusa más que algunos pocos Tratados traducidos ú originales, y la censura eclesiástica, muy severa, hace difícil la tarea de aquellas que quisieran ocupars en acrecentar el número de estos útiles escritos.

En una pequeña villa del gobierno de Saratoff, el colporteur tuvo un dia un encuentro que le dejó un dulce recuerdo. «Había entrado un día, dice, en un taller de carpintería, y enseñé un Nuevo Testamento á un obrero que trabajaba allí. En cuanto vió el libro, preguntó su precio, le compró, y quitándose en seguida su viejo casquete y persignándose, dijo con emocion: «Gracias á Dios, al fin he llegado á tenerle.» Si yo no hubiera venido á esta villa más que para vender este solo Testamento, añade el colporteur, hubiera tenido por qué bendecir al Señor.» Pero no fué él solo afortunadamente el que vendí.

En el principio del año de 1866, el colporteur que se encontraba en Saratoff, quiso hacer algunas escursiones hácia los pueblos inmediatos. En el primero, el cura le compró algunos volúmenes para su escuela: despues, sabiendo que el colporteur iba á un pueblo situado á ochenta millas de allí, le rogó ávidamente que se detuviese en las cabañas que encontrase en el camino. Así vendió 18 ó 19 Testamentos y dió uno á un niño mediando las siguientes circunstancias:

«Había encontrado en una pequeña casa de campo, escribe nuestro amigo, un niño de muy pocos años que sabía leer. En cuanto divisó el Nuevo Testamento que yo tenía arrojó un grito de regocijo, y cogiendo su sombrero quiso correr al encuentro de su padre para rogarle que le comprase este libro. Su hermana, de más edad, le detuvo bruscamente y le dijo que no tenía necesidad de tener un Testamento y que su padre no tenia dinero para gastarlo en eso. Un poco irritado de esta enfadosa intervencion, pregunté dónde estaba el padre, añadiendo que yo mismo iría á buscarle. El niño iba á responder, cuando su hermana le mandó severamente que callase. Entonces inclinando la cabeza y cubriéndose el rostro con las manos comenzó á llorar amargamente. Salí decidido á encontrar al padre; pero supe en el pueblo que habia ido á una boda y presumiendo que estaria demasiado divertido para entretenerse en escucharme, proseguí mis visitas de casa en casa y volví muy



tarde á mi alojamiento. Repasando entonces en mi memoria los sucesos del día, me acordé del niño que había vertido tan amargas lágrimas y pensé que debería haberle dado un Testamento gratis. Corrí en el momento á su casa; la calle estaba desierta y las puertas de las casas cerradas. Di un golpe á la ventana llamando al niño que deseaba un Nuevo Testamento. En un abrir y cerrar de ojos estuvo delante de mí.

—¿Eres tú, le pregunté, el que quería un libro?  
—Sí, me contestó vivamente.

Púsele entonces un volúmen en la mano y dándole un pequeño golpe en la mejilla desapareció en la oscuridad, en tanto que él se quedaba diciéndome lleno de admiración: «¡Y me le ha dado sin dinero!»

## EL SIGLO PRESENTE Y EL FUTURO.

Ahora, como saliendo de entre las zarzas y espinas á campo más libre, digo que ya se conoce bien cuán justamente Isaías dá nombre de *Padre* á Cristo, y le dice que es *Padre del siglo futuro*. Entendiendo por este siglo la generación nueva del hombre, y los hombres engendrados así, y los largos y no finibles tiempos en que ha de perseverar aquesta generación. Porque el siglo presente, el cual en comparación del que llama Isaías venidero, se llama primer siglo, que es el vivir de los que nacemos de Adam, comenzó con Adam y se ha de rematar y cerrar con la vida de sus descendientes postreros, y en particular no durará en ninguno más de lo que él durare en esta vida presente. Mas el siglo segundo, desde Abel en quien comenzó, extendiéndose con el tiempo, y cuando el tiempo tuviere su fin, reforzándose él más, perseverará para siempre...

Y llámase siglo también porque es otro mundo por sí, semejante y diferente de este otro mundo viejo y visible; porque de la manera que cuando produjo Dios el hombre primero, hizo cielos y tierra y los demás elementos, así en la creación del hombre segundo y nuevo, para que todo fuese nuevo como él, hizo en la Iglesia sus cielos y su tierra, y vistió á la tierra con frutos y á los cielos con estrellas y luz, como San Agustín lo descubre lleno de ingenio y de espíritu, diciendo: (Salmo ccm, versículo 2.) *Que extendió los cielos Dios, como quien desplega tienda de campo, y que cubrió los sembrados de ellos con aguas, y que ordenó las nubes, y que en ellas como en caballos, discurre volando sobre las alas del aire, y que le acompañan los truenos y los relámpagos y el torbellino.*

Aquí ya vemos cielos, y vemos nubes, que son aguas espesadas y asentadas sobre el aire tendido, que tiene nombre de cielo; vimos también el trueno á su tiempo y sentimos el viento que vuela y que brama, y el resplandor del relámpago nos hiere los ojos; allí, esto es, en el nuevo mundo, y Iglesia por la misma manera, los cielos son los apóstoles y los sagrados doctores, y los demás santos altos en virtud, y que influyen en virtud; y su doctrina en ellos son las nubes, que derivada en nosotros se torna en lluvia. En ella anda Dios, y discurre volando, y con ella viene el soplo de su espíritu, y el relámpago de su luz, y el trueno y el estampido con que el sentido de la carne se aturde. Aquí, como dice prosiguiendo el salmista: *Fundó Dios la tierra sobre cimientos firmes á donde permanece y nunca se mueve*, y como primero estuviese anegada en la mar, mandó Dios que se apartasen las aguas, las cuales obedeciendo á esta voz se apartaron á su lugar, á donde guardan continuamente su puesto; y luego que ellas huyeron, la tierra descubrió su figura humilde en los valles y soberana en los montes. Allí el cuerpo firme y macizo de la Iglesia que ocupó la redondez de la tierra, recibió asiento por mano de Dios, en el fundamento no mudable, que es Cristo, en quien permanecerá con eterna firmeza. En su principio la cubría, y como anegaba la gentilidad, y aquel mar

grande y tempestuoso de tiranos y de ídolos la tenían casi sumida; mas sacóla Dios á luz con la palabra de su virtud y arrojó de ella la amargura y violencia de aquellas olas; y quebrólas todas en la flaqueza de una arena menuda, con la cual descubrió su forma, y su concierto la Iglesia; alta en los obispos y ministros espirituales, y en los fieles legos humildes, humilde. Y como dice David, *súbieron sus montes y perecieron en lo hondo sus valles.*

Allí como aquí, conforme á lo que el mismo salmo prosigue, sacó Dios venas de agua de los cerros de los altos ingenios, que entre dos sierras, sin declinar al extremo siguen lo igual de la verdad, y lo medio derechamente; en ellas se bañan las aves espirituales, y los frutales de virtud que florecen de ellas, y junto á ellas cantan dulcemente asentadas. Y no sólo las aves se bañan aquí, mas también los otros fieles, que tienen más de tierra, y menos de espíritu; si no se bañan en ellas, á lo menos beben de ellas y quebrantan su sed. Él mismo, como en el mundo, así en la Iglesia, envía lluvias de espirituales bienes del cielo, y caen primero en los montes, y de allí juntas en arroyos, y descendiendo bañan los campos. El trigo que fortifica y el óleo que alumbra, y el vino que alegra, y todos los dones del ánimo con esta lluvia florecen. Por ella los yermos desiertos se vistieron de religiosas hayas y cedros; y esos mismos cedros con ella se vistieron de verdor y de fruto, y dieron en sí reposo, y dulce y saludable nido á los que volaron á ellos huyendo del mundo. Y no sólo proveyó Dios de nido á aquellos huidos, mas para cada un estado de los demás fieles hizo sus propias guaridas. Y como en la tierra los riscos son para las cabras monteses, y los conejos tienen sus viveros entre las peñas, así acontece en la Iglesia.

En ella luce la luna y luce el sol de justicia, nace, y se pone á veces, ahora en los unos y ahora en los otros; y tienen también sus noches de tiempos duros y ásperos, en que la violencia sangrienta de los enemigos fieros halla su razón para salir y bramar y para ejecutar su fiera; mas también á las noches sucede en ellas después el aurora, y amanece después y encuévase con la luz, la malicia y la razón, y la virtud resplandece. ¡Cuán grandes son tus grandezas, Señor, y como no admiras con este orden corporal y visible, mucho más nos pones en admiración con lo espiritual é invisible.

FR. LUIS DE LEON. (*Nombres de Cristo.*)

## EL EVANGELIO Y EL CATOLICISMO ROMANO, con textos del Nuevo Testamento, según la traducción del Padre Felipe Scio.

(Continuación.)

San Juan, i, 12. Mas á cuantos le recibieron, les dió *potestad de ser hechos hijos de Dios, á aquellos que creen en su nombre.*

Ya por esta sola razón nunca se puede tratar de ganar ó merecer, porque el hombre nunca cumple con su deber completamente para con Dios. Si él se pone bajo el mandato que le es dado, tiene que esperar reprensiones, castigos y penas que le son debidos conforme al derecho, *estos sí los ha merecido.* ¡Ay de aquel que quiere ponerse con Dios en el fundamento del derecho y tratar con Él como un partidito!

San Lucas, vii, 9, 10. ¿Por ventura debe agradecerimiento á aquel siervo porque este hizo lo que le mandó? Pienso que no. Así también vosotros, cuando hiciéreis todas las cosas que os son mandadas, decid: Siervos inútiles somos; lo que debíamos hacer, hicimos.

Además todas las obras del hombre están llenas de defectos y por la misma razón desagradan á Dios en algun modo: una vez falta el celo, el amor, otra vez la inteligencia ó utilidad, muchas veces el desinterés y la buena voluntad; en suma, el que lo mire bien y con juicio observará pronto que falta algo en todas partes. Y Dios, como el ser per-

fecto, lo mira muchísimo más atentamente de lo que nosotros podemos imaginarnos. Y en verdad, más que todo le desagrada el *querer merecer* su gracia. Este sentimiento, que es el fundamento de tales obras, es un sentimiento egoísta, irreligioso profano, que quiere ser algo fuera de Dios, y al lado de Dios.

Gálatas, iii, 10. Porque todos los que son de las obras de la Ley están bajo de maldición. Porque escrito está. Maldito todo el que no permaneciere en todas las cosas que están escritas en el libro de la Ley para hacerlas.

Santiago, ii, 10. Porque cualquiera que hubiere guardado toda la Ley y faltare en sólo un punto, se ha hecho culpable de todo.

San Mateo, xii, 36. Y digoos, que de toda palabra ociosa que hablaren los hombres, darán cuenta de ella en el día del juicio.

San Mateo, xv, 19. Porque del corazón salen los pensamientos malos, homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias.

Consideramos algunas de estas obras, por las cuales tantos piensan poderlas hacer valer en algo delante de Dios.

a. *Dar limosna.*—El Señor dice: Evangelio de San Mateo, vi, 3: «No sepa tu izquierda lo que hace tu derecha,» pero tú, oh, hombre, miras primeramente con atención la moneda, para que no sea demasiado en ninguna manera, y después calculando lo haces presente delante de Dios; he dado *tanto*, y quieres convertir tu avaricia en justicia ante Dios. ¿No es esto una hipocresía engañadora é infame?

b. *Las oraciones.*—El Señor dice: San Mateo, vi, 6, 8. Mas tú cuando orares, entra en tu aposento y cerrada la puerta ora á tu Padre en secreto: y tu Padre, que vé en lo secreto te recompensará. Y cuando oráreis no habéis mucho como los gentiles. Pues piensan que por mucho hablar sean oídos. Pues no queráis asemejaros á ellos; porque vuestro Padre sabe lo que habéis menester antes que se lo pidáis.

Lo que reprende aquí el Señor como cosa de los gentiles, lo mismo haces tú, rezando tus «Pater noster,» tus «Ave-María,» tus rosarios.

Veinte veces rezar dá más mérito que diez veces; así lo crees. ¿No son estas oraciones repetidas mil y mil veces sin pensar en nada? ¿Y así quieres tú, oh, pecador desatinado, merecer algo para con Dios? Castigos y penas sí, has merecido por este abuso malo del nombre de Dios. Porque en los diez mandamientos está escrito: el Señor no tendrá por inocente al que tomare su nombre en vano. Pero hay más: ¿Has pensado ya una vez *qué es lo que* oras y que en la oración del Señor se halla también las palabras «perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.» ¿Cuántas veces habrás hablado estas palabras, mientras que una enemistad contra alguno de tus prógimos hablaba en tu corazón? Y cuantas veces has orado el «Pater noster» con un corazón lleno de enemistad, tantas has pedido en lugar de una bendición una maldición, y lo que en verdad has dicho es lo siguiente: ¡Dios mío, muéstrate duro y sin piedad para conmigo, porque así lo hago yo! Y con oraciones tan impías quieres tú, pobre desatinado, levantarte una justicia y un mérito ante Dios? Sin duda tales obras se llevan al infierno. Pero si lo que llamas tú «buenas obras» te llevan al infierno, ¿á dónde te llevarán aquellas que tú mismo te ves obligado á condenar?

c. *Los cultos.*—Te hago, oh, hombre, *esta sola* pregunta. Los cultos que has celebrado tal vez ya por decenas de años todos los domingos y días festivos, y acaso según tu modo y costumbre con mucha devoción, ¿te han traído, en verdad, una ganancia interior y una bendición espiritual? ¿Te has vuelto por ellos, en verdad, en tu ser interior otro hombre? ¿Has crecido tú en el conocimiento de tí mismo, ó de Dios y de su gracia? ¿Ó te has quedado en todo este tiempo siempre en la misma posición? ¿Tienes tú una historia interior de tu vida en la fe? ¿Puedes tú representarles cómo has sido convertido del mundo á Dios, de tu propio corazón



malo á la gracia de tu Salvador? ¿Ó eres tú hoy el mismo que has sido siempre, el hombre natural, que con todos los ejercicios del culto hoy como siempre vive en el mundo, del mundo y con el mundo, y que camina con el mundo en el camino espacioso?

d. *Peregrinajes y romerías.*—De estas cosas preferiré más bien callarme aquí, porque muchísimos príncipes de la misma Iglesia romana las han reprimido por los abusos que siempre ocurren y las han abrogado y limitado en muchas partes. Lo que uno se trae de ellas á su casa es «bolsillos vacíos y corazones enfermos.»

e. *Ayunos, mortificaciones, etc.*—Pongo sencillamente aquí los pasajes de la Palabra de Dios, y por ellos puedes tú mismo juzgar después á tí y á tus obras.

San Mateo, vi, 16. Y cuando ayuneis, no os pongais tristes como los hipócritas; porque desfiguran sus rostros, para hacer ver á los hombres que ayunan. En verdad os digo que recibieron su galardón.

1.ª Timoteo, iv, 1, 5. Mas el espíritu manifestamente dice, que en los postrimeros tiempos apostatarán algunos de la fé, dando oídos á espíritus de error y á doctrinas de demonios, que con hipocresía hablarán mentira y que tendrán cauterizada su conciencia, que prohibirán casarse y el uso de las viandas que Dios crió para que con hacimiento de gracias participasen de ellas los fieles y los que conocie on la verdad. Porque toda criatura de Dios es buena y no es de desechar nada de lo que se participa con hacimiento de gracias, por cuanto se santifica por la Palabra de Dios y por la oración.

Colosenses, ii, 8, 16, 17, 20, 23. Estad sobre aviso, que ninguno os engañe con filosofías y vanos sofismas, segun la tradición de los hombres, segun los elementos del mundo, y no segun Cristo. Por tanto, ninguno os juzgue por la comida, ó por la bebida, ó por respecto del día de fiesta, ó de neoménia, ó de sábados; que son sombra de las cosas venideras; mas el cuerpo es en Cristo. Por tanto, si estais muertos con Cristo á los rudimentos de este mundo; ¿por qué todavía dogmatizais, como si viviérais al mundo? No comais, no gustais, no toqueis; las cuales cosas son todas para muerte, usándolas segun los preceptos y doctrinas de los hombres. Estas cosas, á la verdad, tienen apariencia de sabiduría en culto indebido, y humildad, y en mal tratamiento del cuerpo, y en la escasez de lo necesario para sustentar la carne.

Hebreos, xiii, 9. No os dejéis sacar de camino por doctrinas varias y peregrinas. Porque es muy bueno fortificar el corazón con la gracia, no con viandas, que no aprovecharon á los que anduvieron en ellas.

1.ª Corintios, viii, 8. La vianda no nos hace agradables á Dios; porque ni comiéndola, seremos más ricos; ni seremos más pobres, no comiéndola.

1.ª Corintios, vi, 12. Todo me es permitido, mas no todo me conviene. Todo me es permitido, mas yo no me pondré bajo del poder de ninguno.

Romanos, xiv, 17. Porque el reino de Dios no es comida ni bebida; sino justicia, y paz, y gozo en el Espíritu Santo.

1.ª Timoteo, iv, 7, 9. Desecha las fábulas impertinentes y de viejas; y ejercítate en piedad. Porque el ejercicio corporal para poco es provechoso; mas la piedad vale para todo, porque tiene promesa de la vida, que ahora es, y de la que há de ser. Fiel palabra es esta, y digna de toda aceptación.

3. La doctrina romana de la cooperación disminuye el mérito de Cristo y perjudica á su obra de salvación. Si es necesario que el hombre también contribuya de su parte algo para la obra de la salvación, entonces Jesús no es más que medio Salvador. La cooperación romana no se presenta como una participación viva y activa interior en la obra de la salvación, como se efectúa en la fé, en extender la mano, sino como una ganancia meritoria de la salvación. Con eso se atribuye á los hombres una gloria que está en contra de la Palabra de Dios enteramente.

Romanos, iii, 27, 28. ¿Dónde está, pues, el motivo de tu gloria? Excluida queda. ¿Por qué ley? De las obras, no, sino por la ley de la fé. Y así concluimos, que es justificado el hombre por la fé sin las obras de la ley.

Romanos, iii, 22, 24. Porque no hay distinción. Pues todos pecaron, y tienen necesidad de la gloria de Dios. Justificados gratuitamente por la gracia del mismo, por la redención que es en Jesucristo.

1.ª Juan, i, 7. La sangre de Jesucristo su Hijo, nos limpia de todo pecado. La perfección y validez de la obra salvadora de Cristo está testificada por la Sagrada Escritura entera, y por esta razón sólo á Él se debe todo el honor y todo el agradecimiento, como ya hemos citado antes en la palabra del apóstol San Pablo (Col. iii, 11). Cristo es todo en todos.

1.ª Corintios, i, 50, 51. Por Él mismo sois vosotros en Jesucristo, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, y justificación, y santificación, y redención, para que como está escrito: «El que se gloria, góriese en el Señor.»

4. Parecida á esta lección del mérito de Cristo, es aquella que se demuestra en la adoración de los santos. Se les pide á ellos como á intercesores, para que con su mérito intercedan para el pecador con Dios, para que sea oído con buena voluntad.

Refutación 1.ª No necesitamos de ningún intercesor, porque Jesús es nuestro intercesor, quien con su mérito intercede por nosotros. Él es el mejor, porque Él con su mérito ha hecho en verdad la satisfacción por nosotros. Los santos no han hecho nada por nosotros.

1.ª San Juan, ii, 1, 2. Hijitos míos, esto os escribo para que no pequeis. Mas si alguno pecare, tenemos por abogado con el Padre, á Jesucristo el justo, y Él es propiciación por nuestros pecados, y no tan sólo por los nuestros, mas también por los de todo el mundo.

2. No hay santos que puedan hacer valer algún mérito con Dios para nosotros, porque ellos mismos como pecadores tienen que ser salvados por gracia, como ellos mismos lo han confesado de sí.

Si los mismos santos no pueden salvarse por sus propios méritos, mucho ménos tendrán un mérito sobrante, (superrogatorio) de que pudiese formar la Iglesia un tesoro para otros. Sin embargo, en este tesoro se funda la doctrina de las indulgencias de que hablaremos más tarde. En la Palabra de Dios no se halla nada de todo esto.

Observación. Se ha notado muchas veces por los lectores de la Biblia que en el Nuevo Testamento no se halla ni una sola palabra de las cosas que componen la verdadera sustancia de la fé de un católico romano, del Papa, de la dominación del clero, del sacrificio inerte que se repite continuamente, de la transubstanciación y adoración de la hostia, de las procesiones, peregrinajes, culto de imágenes, veneración de los santos, indulgencias, confesión auricular, etc. Esta advertencia importantísima nos muestra que el cristianismo en la Iglesia romano católica se ha separado de su fundamento original y de su centro, de Cristo, á otras cosas. De la manera más hábil al lado de la casa vieja se ha edificado otra casa nueva y parecida, en la cual los Papas y el clero han puesto á sus fieles. Pero quien quiera tener la verdad salvadora, debe de volver al Evangelio antiguo de Jesucristo.

3. La veneración de los santos tiene su origen en la incredulidad de su Salvador. Oh, hombre, ¿no puede salvarte Jesús? ¿Ó no quiere hacerlo? Las dos cosas son imposibles porque Él es el Hijo de Dios que ha entregado su vida por nosotros. ¿Por qué entonces tienes desconfianza para con Él? ¿Así le recompensas su amor? ¿No debe afligirte tal desconfianza? Tu desconfianza tiene su fundamento interior en tu orgullo. Tú no quieres aparecer delante de Él como un pobre pecador, no quieres pedirle gracia como un malhechor culpable, sino que quieres hacer valer delante de Él alguna otra cosa, sea tu propio mérito, sea el de un santo. No crees tú en el Hijo de Dios, pero sí en los santos; tú no

crees que Él te oirá, pero no tienes duda que lo hacen ellos. Así tú crees más á los santos que al Hijo de Dios. Y tal conducta, ¿crees tú le será agradable? Si vienes ante su faz con el mérito de un santo, serás desechado también; pero si vienes tú sólo arrepentido, serás recibido con buena voluntad.

4. Los santos no son omniscientes ni omnipresentes, de manera que no pueden escuchar tus oraciones ni contestar mucho ménos. Todo lo que se habla de esta manera se habla al viento. ¡Deja el charlar con tus labios!

San Juan, vi, 37. Aquel que á mí viene, no le echaré fuera.

San Mateo, xi, 28, 30. Venid á mí todos los que estais trabajados y cargados, y yo os aliviaré. Traed mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que manso soy, y humilde de corazón; y hallareis reposo para vuestras almas. Porque mi yugo suave es, y mi carga ligera.

Observación. ¡Ojalá que quisieras venir en la fé sencillamente á Jesús, el amigo de los pecadores, como un pecador humillado en verdad, que ya no quiere más aparecer ni ser nada, sabiendo que en realidad ya no vale nada, y presentarle á Él tu corazón; Él te salvará! ¡Ensáyalo una vez solamente, y verás con qué benignidad te recibirá.

(Se continuará.)

## NACIMIENTO DEL SALVADOR.

Venid á ver al Hijo de Dios, no en el seno del Padre, sino en los brazos de la Madre; no entre los coros de los ángeles, sino entre viles animales; no asentado á la diestra de la Magestad en las alturas, sino reclinado en un pesebre de bestias; no trouando y relampagueando en el cielo, sino llorando y temblando de frío en un establo. Venid á celebrar este día de su desposorio, donde sale ya del tálamo virginal desposado con la naturaleza humana con tan estrecho vínculo de matrimonio, que ni en vida ni en muerte se haya de desatar. Este es el día de la alegría secreta de su corazón, cuando llorando exteriormente como niño, se alegraba interiormente por nuestro remedio, como verdadero Redentor.....

Llegó aquella hora tan deseada de todas las gentes, tan esperada en todos los siglos, tan prometida en todos los tiempos, tan cantada y celebrada en todas las escrituras divinas. Llegó aquella hora, de la cual pendía la salud del mundo, el reparo del cielo, la victoria del demonio y el triunfo de la muerte y del pecado, por lo cual lloraban y suspiraban todos los santos. Era la media noche, más claro que el medio día, cuando todas las cosas están en silencio, y gozaban del sosiego y reposo de la noche quieta.... Pues en esta hora tan dichosa, aquella omnipotente Palabra de Dios descendió de las sillas reales del cielo á este lugar de nuestras miserias y apareció vestido de nuestra carne..... ¡O venerable misterio, más para sentir que para decir, no para explicarse con palabras, sino para adorarle con admiración en silencio! ¿Qué cosa más admirable que ver aquel Señor, á quien alaban las estrellas de la mañana; aquel que está sentado sobre los querubines que vuelan sobre las plumas de los vientos, que tiene colgada de tres dedos la redondez de la tierra, cuya silla es el cielo y estrado de sus pies es la tierra; que haya querido bajar á tan grande extremo de pobreza, que cuando naciese (ya que quiso nacer en este mundo) le pariese su Madre en un establo, y le acostase en un pesebre, por no tener allí otro lugar más cómodo?.....

(Autor antiguo.)



## LA MUERTE DE JESÚS.

¿Y eres tú el que velando  
La excelsa majestad en nube ardiente,  
Fulminaste en Sinaí el impío bando  
Que eleva contra tí la osada frente?  
¿Es el que oyó medroso  
De tu rayo el estruendo fragoroso?  
Mas ora abandonado  
¡Ay! pendes sobre el Gólgota, y al cielo  
Alzas gimiendo el rostro lastimado  
Entre tus bellos ojos mortal velo,  
Y su luz extinguida  
En amargo suspiro das la vida.  
Así el amor lo ordena,  
Amor más poderoso que la muerte:  
Por el de la maldad sufre la pena  
El Dios de las virtudes, y leon fuerte  
Se ofrece al golpe fiero  
Bajo el vellón del cándido cordero.  
¡Oh víctima preciosa  
Ante siglos de siglos degollada!  
Aún no ahuyentó la noche pavorosa  
Por vez primera el alba nacarada,  
Y hostia del amor tierno  
Moriste en los decretos del Eterno.  
¡Ay! ¡quién podrá mirarte  
Oh paz, oh gloria del culpado mundo!  
¿Qué pecho empedernido no se parte  
Al golpe acerbo del dolor profundo,  
Viendo que en la delicia  
Del gran Jehová descarga su justicia?  
¿Quién abrió los raudales  
De esas sangrientas llagas, amor mío?  
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales  
De horror y palidez? ¿Cuál brazo impío  
A tu frente divina  
Ciñó corona de punzante espina?  
Cesad, cesad, crueles;  
Al santo perdonad, muera el malvado;  
Si sois de un justo Dios ministros fieles  
Caiga la dura pena en el culpado;  
Si la impiedad os guía,  
Y en la sangre os cebais, verted la mía.  
Mas ¡ay! que eres tú solo  
La víctima de paz que el hombre espera;  
Si del Oriente al escondido polo  
Un mar de sangre criminal corriera,  
Ante Dios irritado  
No expiación, fuera pena, del pecado.  
Que no cuando del cielo  
Su cólera en diluvios descendía  
Y á la maldad que dominaba el suelo  
Y á las malvadas gentes envolvía,  
De la diestra potente  
Depuso Sabaoth su espada ardiente.  
Venció la excelsa cumbre  
De los montes el agua vengadora,  
El sol amortecida la alba lumbre  
Que el firmamento rápido colora,  
Por la esfera sombría  
Cual pálido cadáver discurría.  
Y no el ceño indignado  
De su semblante escogió el Eterno,  
Mas ya, Dios de venganza, tu Hijo amado,  
Domador de la muerte y del averno,  
Tu cólera infinita  
Extinguir en su sangre solicita.  
¿Oyes, oyes cual clama,  
«Padre de amor, por qué me abandonaste?  
Señor, extingue la funesta llama  
Que en tu furor al mundo derramaste;  
De la acerba venganza  
Que sufre el justo, nazca la esperanza.»  
¿No veis cómo se apaga  
El rayo entre las manos del potente?  
Ya de la muerte la tiniebla vaga  
Por el semblante de Jesús doliente,  
Y su triste gemido  
Oye el Dios de las iras complacido.  
Ven, ángel de la muerte,  
Esgrime, esgrime la fulmínea espada,  
Y el último suspiro del Dios fuerte

Que la humana maldad deja expiada,  
Suba al sólio sagrado  
Dó vuelva en padre tierno al indignado.  
Rasga tu seno, oh tierra;  
Rompe, oh templo, tu velo. Moribundo  
Yace el Criador; más la maldad aterra,  
Y un grito de furor lanza Él profundo.  
Muere... gemid humanos,  
Todos en Él pusisteis vuestras manos.

D. ALBERTO LISTA.

## LA FAMILIA CRISTIANA.

## VII.

Concluida de subir la escalera me encontré en un magnífico vestíbulo en el que había muchos criados con librea.

Así que asomé por la puerta, uno de ellos adelantóse hacia mí, haciendo grandes extremos y grandes cortesías.

—Pase su señoría, me dijo, voy á conducirle al gran salon.

Me condujo en efecto. ¡Qué espectáculo se presentó á mi vista!

Era un magnífico salon oblongo, admirable, casi divino. Gruesas arañas pendían del techo pintado con hermosas pinturas de grandes artistas. Centenares de luces ardían en él. Cómodas otomanas, blandos sillones de terciopelo estaban tendidos á lo largo de las paredes. En los ángulos del salon, como si fuera aquella una habitacion oriental, había lujosos pebeteros en que se quemaban los más excelentes y agradables perfumes.

En el centro del salon había una grande y larga mesa, en cuyo derredor había sentadas más de cien personas.

Tenia un tapete verde.

Enfrente de cada uno de los que estaban sentados en aquella mesa había un grande monton de oro. Hacia el comedio de esta había un hombre que tenía á su lado más dinero que ninguno de los otros.

Por lo visto aquella era una casa donde se jugaba.

El hombre que tenía más dinero que todos los demás tenía en su mano una baraja de la que iba sacando cartas y echándolas sobre el tapete con una lentitud extraordinaria.

Cada una de las cartas que echaba aquel hombre, producía un signo de alegría en casi todos, de desesperacion en unos pocos.

El hombre de las cartas perdía siempre, y cuando acababa de pagar á todos, su monton de dinero se encontraba tan intacto como si no acabara de tocar á él.

Aquello era un prodigio.

Me acerqué á un asiento que se hallaba vacío y me senté tambien al lado de la mesa.

No pude resistir mi deseo de saber quién era el hombre de las cartas, y pregunté á uno de los que estaban á mi lado, señalándole á aquel:

—¿Quién es aquel hombre?

Se echó á reír el preguntado.

—Poco sabeis, me contestó, si no le conocéis.

Yo me encojé de hombros.

—No le conozco, insistí, por eso debéis decirme quién es.

—¡Bah, me replicó el otro con desden; pues es Sat-Anás.

En todas partes me encontraba aquel Sat-Anás maldito. Todo lo presidía, todo lo dirigía.

Por fin me encojé de hombros y me dije:

—¿Y á mí qué me importa que sea Sat-Anás ó quien le dé la gana?

Me metí la mano en el bolsillo y saqué dinero.

Iba á jugar tambien.

Cojé un puñado de dinero y lo puse sin contar-lo al lado de una carta.

Gané la primer vez.

Recogió Sat-Anás el dinero, lo contó pausadamente y me devolvió doble cantidad.

Al dármele noté que Sat-Anás se reía.

Aquella sonrisa me fastidió y me incomodó.

Puse otra vez y gané; volví á poner y volví á ganar.

Sat-Anás se sonreía siempre que me daba doble cantidad de la que había puesto, y aquella sonrisa continuaba molestándome é incomodándome.

Gané mucho. No perdí una sola vez. Tenía una suerte loca y estaba lleno de alegría.

Estaba rico.

El deseo más ardiente de mi vida está satisfecho: tenía mucho oro.

Me levanté y me apresuré á salir del salon. Quería disfrutar de mi dinero.

Los criados me hacían cortesías; todo el mundo se prosternaba ante mí. Salí á la calle; necesitaba respirar aire puro; no sabía cómo desahogar mi gozo y cómo empezar á gastar mi dinero.

El vértigo se apoderó de mí y no supe lo que fué de mi vida en una semana.

Sólo recuerdo confusamente que gocé toda clase de placeres, que asistía á toda clase de diversiones, y que apuré, en fin, la copa del deleite hasta sus heces.

Al cabo de esta semana tormentosa y terrible me encontré en una casa pobre y miserable, casi desnudo, enfermo y sin dinero.

Lo había apurado todo en aquella tremenda semana de disipacion.

Estaba yo tendido sobre un lecho y los más terribles dolores laceraban mi cuerpo.

Ocurrióseme en una ocasion volver á un lado la cabeza y me encontré con que á la cabecera de mi lecho había un hombre.

Le miré y sentí que se me helaba de terror la sangre en las venas.

¿Sabeis quién era? Pues era el mismo de siempre; Sat-Anás, el maldito Sat-Anás.

Yo no pude menos de preguntarle:

—¿Qué es lo que queréis aquí?

El se sonrió con su sonrisa habitual.

—Estás enfermo y vengo á cuidarte.

Le volví la espalda.

Al ver mi accion puso la mano sobre las ropas que me cubrían. Al sentir el contacto de aquella mano, no pude menos de pegar un salto.

Me pareció que habían abrasado la piel y los huesos de mi cuerpo todas las lavas del Vesubio.

Sat-Anás exclamó:

—¿En cierta ocasion no te dije que eras mío? Yo te he dado placeres, oro, dinero y todo lo que me has pedido. ¿Qué extraño tiene que puesto que yo he cumplido mi promesa y te he dado todo lo que ansiabas, te diga ahora: «Eres mío; puesto que te he dado todos los placeres del cuerpo, dame tú tu alma y estamos pagados?»

Apenas hubo acabado de decir esto, cuando sentí que todos los dolores de mi cuerpo y de mi alma se recrudecian de una manera espantosa.

Aquello era insoportable.

Empecé á gritar: «Perdon, perdon.»

Oí una voz que me contestaba: «Ya es tarde.»

La estancia en que estaba se había trasformado. El lecho en que yo vacía se había trocado en una especie de colchon de áscuas, sobre el que me revolcaba dando aullidos espantosos.

Sat-Anás estaba sentado sobre un trono de gloria; á mi lado había otros infelices que sufrían lo mismo que yo.

«Perdon, perdon,» gritábamos todos; pero no había quién nos escuchara.

Sat-Anás se reía y gozaba con nuestros tormentos.

—Sois míos, decía; ¿qué culpa tengo yo que hayais querido ser míos?

De repente sentí un dolor más agudo y más terrible que todos los demás, y entonces fué cuando me desperté.

Tal ha sido mi sueño, buena mujer.



## EL CLERO PINTADO POR SÍ MISMO.

En Bélgica el clero católico se sirve de la religión para sus fines particulares.

Léase esta parte de una sesión del Consejo municipal ó sea Ayuntamiento de Lobbes.

Posee este Ayuntamiento el cementerio, la iglesia y el antiguo presbiterio, ó casa parroquial con su jardín. Siendo pequeño el cementerio, el Ayuntamiento le ensanchó, habiéndose bendecido la parte de terreno agregada.

Dicho esto, léase el incidente de la sesión á que nos referimos:

«Mr. Jacquemin (para una interpelación).—Deseo saber si se enterrará pronto en la parte del cementerio que hemos ensanchado.

El Sr. Burgomaestre (ó sea el alcalde).—Señores: tenía intención de daros hoy conocimiento de la conferencia que acerca de esto he tenido con el señor cura. Declara éste que en virtud de órdenes que ha recibido del obispo no consiente que se entierre en la parte nueva del cementerio, si el Municipio no cede á la fábrica el cementerio y la iglesia. (Profunda estupefacción.)

Mr. Jacquemin.—¿Qué mal hay en enterrar en esa parte nueva del cementerio, pues que esa parte está bendecida?

El Sr. Burgomaestre.—No lo sé. El señor cura nos ha dicho que no dependía de él, que eran órdenes emanadas del obispo. Tengamos paciencia, señores; ninguno de vosotros está dispuesto á ceder á esas pretensiones? (Enérgicas negaciones de todos los concejales.)

Mr. Jacquemin.—¿Pero no teme el clero que padezca la salubridad pública? Nuestro cementerio era ya pequeño antes de haber restaurado la iglesia. A consecuencia de esta restauración, ha habido que ensanchar el camino que le atravesaba, para dejar aislado el edificio. Pero después de todo, ¿no podríamos prescindir de la opinión del clero? En cuanto á mí, haría enterrar a pesar de todo en esa parte nueva del cementerio, pues que está bendecida.

El Sr. Burgomaestre.—Pero el clero rehusaría su concurso.

Mr. Jacquemin.—¿Qué importa eso?

El Sr. Burgomaestre.—¿Y las familias, señores? Acaso el clero prescinda de esa determinación.

Mr. Lebon.—En todo caso, no enviaremos una diputación á Tournay.

El Sr. Burgomaestre.—El señor cura nos ha pedido además que el Municipio le ceda el antiguo presbiterio con su jardín. (Explosión de hilaridad.) En fin, señores, para terminar, pide también que se le alfombrase su casa.

Mr. Lebon.—Mala ocasión escoge el señor cura.

Mr. Stilman.—Todo esto me deja profundamente asombrado. Nunca habría querido creerlo. Confieso que me parece demasiado fuerte.»

Aquí tenemos, pues, no sólo un cura, sino un obispo que dice que no se enterrará en la parte nueva del cementerio propiedad de un Municipio, si este no cede al clero el cementerio, la iglesia, la antigua casa parroquial con su jardín, todo propiedad del Municipio, y si además no alfombra este la casa del cura. ¿Es ó no esto servirse de la religión para los fines é intereses particulares del clero?

## UNA PRECIOSA OPORTUNIDAD PERDIDA.

Cierto cristiano, viendo á uno de sus hijos enojado con su hermano, inquirió:—«¿Qué te hizo para enojarte tanto?» A lo que replicó prontamente el muchacho:—«Estábamos jugando juntos, y me hizo tal y tal cosa.»—«¡Ah! esto era muy malo, dijo el padre, no debía haber hecho así. Lo siento mucho que te haya maltratado. Vamos á tratar el asunto entero con toda serenidad. Ven acá, dime todo lo que hay. Cuando él te hizo tal y tal cosa á tí, ¿qué

le hiciste en cambio? Podemos sacar algún provecho de esto; dime por lo mismo la verdad sincera.»

(Había sido criado el muchacho según las máximas de la Biblia y era uno que amaba la verdad.) Después de haberlo contado todo—«Reflexiona ahora, dijo el padre, ya que hemos considerado la falta de tu hermano, ¿había algo culpable en lo que tú hiciste? Contrasta tu proceder para con tu hermano con lo que conoces de los procedimientos de Cristo—de Él que fué contradicho, blasfemado, herido, escupido y crucificado.—¿Pagó jamás el mal con el mal?»

«No; siempre el mal con el bien.»

«Tienes razón. ¿Qué dices empero de tu conducta para con tu hermano?»

El muchacho, aplacado, confesó humildemente su culpa, viendo que había despreciado la oportunidad de volver bien por mal. Siguió padre é hijos la conversación, pero lo dicho basta para el presente objeto.

Vió el padre en su niño, como en un espejo, lo que él mismo era por naturaleza; le vinieron á la memoria muchas oportunidades tan preciosas como la presente, que él mismo había perdido; y así aprovechó por su fidelidad en corregir á su hijo.

\*\*

Cristo, pasando de una parte á otra, haciendo bien al amigo y al enemigo, y buscando así la gloria de Dios que le había enviado, no preguntaba quién le había hecho mal, ó quién quería hacerle bien. Con quien quiera que se encontrase, el primer pensamiento de su corazón era: «¿Qué bien puedo hacer á este hombre?» Su palabra á cada cristiano es. «Vé, y haz tú lo mismo.»

## NOTICIAS VARIAS.

Según carta que hemos recibido de un pueblo de Vizcaya, los carlistas han restablecido en algunas partes los diezmos y primicias; añadiendo que parece van á exigir además alguna indemnización por los atrasos que ha sufrido el clero en el cobro de dicho impuesto.

Los mismos de siempre.

\*\*

El periódico el Times, dice que Inglaterra tiene los mismos motivos que Alemania para oponerse á las ingerencias de la Iglesia católica romana en cuestiones que dicho periódico juzga de la exclusiva competencia del Estado.

Ataca después enérgicamente al pontificado, del cual dice que es un enemigo común que todas las potencias tendrán que combatir.

\*\*

Un despacho de Ginebra anuncia el resultado de las elecciones que se verificaron el día 12 para el nombramiento de tres párrocos viejos católicos. De 2.300 electores, 1.267 votaron al padre Jacinto, ó Loyson y á Hartant.

\*\*

Nos escriben de un pueblo de Vizcaya que el jefe de una partida carlista ha dado la orden de obligar á todos los vecinos á asistir á misa y al rosario público, bajo pena de ser apaleados los que no cumplan dicha orden.

Hé aquí lo que puede esperarse del absolutismo.

\*\*

El Gobierno prusiano prepara una ley destruyendo del imperio á todos los prelados que no acaten las sentencias dictadas contra ellos.

\*\*

Se ha publicado una carta del Papa fechada el 7 de Agosto y dirigida al Emperador Guillermo, en la que Su Santidad se queja de las vejaciones y del

rigor de que son víctimas los católicos alemanes, de lo cual el Papa busca en vano los motivos. Añade que semejante proceder sólo puede dar por resultado minar el trono imperial.

A esta carta ha contestado el Emperador de Alemania, con otra fechada el 9 de Setiembre, en la cual dice que el Papa está mal informado de los asuntos germánicos.

«Una parte de mis súbditos católicos, añade, se han constituido en partido político y turban la paz religiosa.

Yo mantendré el orden y las leyes mientras Dios me conserve el poder.»

Espera que la Iglesia católica romana, lo mismo que la Iglesia evangélica, reconocerá el deber de obediencia que tiene á la autoridad temporal, la cual, dice, es la emanación de la voluntad divina revelada.

Confía que el Papa, mejor instruido del verdadero estado de cosas de Alemania, empleará su autoridad para terminar la agitación fomentada por lastimosas falsificaciones de la verdad y por abusos de la influencia eclesiástica.

Creemos que el Papa tendrá en cuenta para lo sucesivo esta lección que le dá el Emperador de Alemania.

\*\*

Tenemos noticias de la iglesia de Cartagena, las más favorables posibles en medio de la desolación que reina en aquella desgraciada ciudad. Nuestro amigo el Sr. Orejon, nos ha remitido de aquel punto algunas noticias referentes á la congregación que dirige. Las escuelas de niñas hasta hace muy poco tiempo han estado abiertas en la ciudad. El pastor Sr. Orejon ha abierto en las Herrerías, punto donde habita, unas conferencias religiosas que se ven muy concurridas por los infinitos obreros que pasan allí los días sin trabajo y sin pan: la miseria es espantosa en aquella comarca y allí se pueden ejercer plenamente los más ardientes deberes de la caridad cristiana. Nuestro amigo ha celebrado también allí un bautizo. Nos alegramos de estas nuevas y pedimos á Dios que concluyan pronto las desdichas de Cartagena y la iglesia allí establecida pueda volver á continuar sus cultos y abrir sus escuelas para mayor adelantamiento de la obra de Cristo.

## ADVERTENCIA.

## Nuevas condiciones.

La Luz se publica el 1.º y 15 de cada mes. El precio de suscripción es un real mensual en Madrid y cinco reales trimestre en provincias.

Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripción cuyo importe no se haya recibido en la Administración.

## Puntos de suscripción.

	Soldado, 7, principal.
	Madera Baja, 8.
En Madrid.....	Librería Nacional y Extranjera, Jacometrezo, 59.
En Zaragoza...	Calle de San Jorge, cochera Ascobareta.
En Valladolid.	Regalado, 5, Capilla evangélica.
En Cartajena..	Capilla evangélica, plaza de las Monjas.
En Córdoba....	Calle de José Rey, 8.
En Santander..	Calle del Limón, 9, 3.º, izquierda.
En Valencia...	Calle de Serranos, 27, segundo.
En Sevilla.....	Calle de Quintana, 25.
En la Coruña..	Librería de D. Vicente Abad.

MADRID: 1873.

Imp. de J. M. Perez, Corredora Baja de San Pablo, núm. 27.